

XIII

Las sombras de la noche
 Vienen volando en caravana aérea,
 Y luchan con las llamas, las sacuden,
 Y en torno del hogar revolotean.

Las llamas las rechazan,
 Y las detienen en aureola negra,
 En cuyo seno los añosos árboles
 Cobran formas variables y quiméricas.

Los ojos del cadáver
 Horriblemente abiertos, parpadean;
 Parece que sus miembros se estremecen
 Al avivarse el fuego que lo cerca,

O que el rígido cuerpo
 Nada en el aire, flota en las tinieblas,
 Y se hunde, y reaparece, y se transforma
 Cuando la inquieta llamarada amengua,

Formando un fondo negro
 Lleno de líneas vagas y revueltas;

Un medio en que se esfuman y se mueven
 Formas abigarradas é incompletas.

XIV

El viento se ha callado entre los aires;
 Los salvajes jadean;
 Se apoyan en sus lanzas ó en los troncos,
 O se dejan caer sobre la yerba.

La grito se enrarece; por el aire
 Las voces se dispersan.
 Suenan acá los llantos de mujeres;
 Allá los magullados aun se quejan.

Los fuegos no avivados languidecen;
 Sus oscilantes lenguas
 Se mueven como el indio que borracho
 Lleva de un hombro al otro la cabeza.

Corre entre aquellas voces un silencio
 Semejante al que reina
 Sobre la onda del río, cuando acaba
 De pasar por el aire la tormenta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 AÑO 1924 MONTERREY, MEXICO

XV

Lo rompe un joven indio que saltando
 Desafortado llega;
 Da un grito clamoroso, y con su lanza
 Pasa de un viejo tronco la corteza.
 Habla á voces, furioso sacudiendo
 Su cabellera negra;
 Sus palabras parecen alaridos
 De una ruda y fantástica elocuencia;
 Y salta como el tigre, y con la maza
 El cuerpo se ensan grienta,
 Y sobre el negro matorral de plumas
 La bola agita atada á su muñeca.
 Son de hierro sus miembros, nadie excede
 Su talla gigantesca;
 Ramas de sauce negro, sus cabellos
 Sobre el rostro y los hombros, se despeñan,
 Y en sus ojos pequeños y escondidos
 Las miradas chispean

XVI

Como las aguas negras y profundas,
 Tocadas por el rayo de una estrella.

Es el cacique *Yamandù*. Los indios
 Se alzan y lo rodean.
 ¿Qué quiere *Yamandù*? Reclama el mando
 Mostrando sus heridas y su fuerza.
 Nadie como él se descompone el rostro
 Con espantosa mueca,
 Ni lanza el alarido que, en la lucha,
 Brota del hueco de su boca abierta;
 Nadie como él en el hinchado labio
 La señal atraviesa
 Que distingue á los indios de las tribus,
 Que más espanto infunden en la guerra.
 ¿Quién si nó él, entonces á la gente
 Llevará á la pelea?
 ¿Quién si nó él que de enemigos muertos
 Cien cabelleras en su toldo ostenta,

Y adorna su garganta con collares
De los dientes y muelas
De *arachunes* vencidos, cuyas pieles
Forman de su arco la flexible cuerda?

Jamás el gamo, huyendo en la llanura,
Pudo esquivar su flecha,
Ni el avestruz el golpe de su bola
Que silba como víbora sedienta.

¡Ahú! clama con grito prolongado
Aquí en el *urunday*
El indio *Yamandú* clavó su lanza...
¡Nadie la arrancará!

Yo he peleado con ella entre las tribus
Que ven salir el sol;
No la he roto jamás en la rodilla,
Ni en mi brazo tembló.

La he clavado en el bosque donde encienden
Los caciques *chanás*,
Y los *minuanos*, *tapes* y *bohanes*
Los fuegos de su hogar.

Yo arranqué la sangrienta cabellera
Del fiero *Tubichá*

Cuya piragua atravesó las ondas
Del río como mar.

¡Ved mi pellejo! Tiene más heridas
Que plumas el *ñandú*,
Y que lunas han visto los ancianos
Salir del *guaycurú*.

Yo derramo la sangre de mi cuerpo,
De la que, en el chircaí,
Brotan los *yacarés* que entre los juncos
Duermen del Uruguay.

Los rayos de los blancos no penetran
En mi curtida piel
Más dura que la piel de la tortuga
Y del *jaguareté*.

Mirad mis ojos: brillan en la sombra...
Son de *ñacurutú*...
¿Cuál de los indios tiene la mirada
De mis ojos azul?

de luz?

XVII

Un murmullo de asombro se difunde
 Entre la turba aquella;
 La tribu, fascinada y aturdida,
 Nuevo cacique en el salvaje encuentra.

Ya en algunas gargantas comprimido
 Está el grito de guerra,
 La aclamación al indio cuyos ojos
 Al moverse en la sombra centellean.
 Entreabiertos é inmóviles los labios
 Los otros lo contemplan;
 Sobre aquel grupo de desnudos cuerpos
 Las rojas llamaradas se reflejan.

Ellos solo se mueven y el cacique
 Cuya ruda elocuencia
 Es algo como un vértigo que estalla;
 Una danza fantástica y siniestra.

Sólo él se agita, salta, se retuerce
 Con espantosa fuerza.

Inmóvil lo demás; todas las almas
 En los ojos absortos se condensan.

¡Nadie, prosigue el indio, estremeciendo
 La turba con su voz,
 Nadie la lanza que clavó mi brazo
 De su tronco arrancó!

Llega á mi toldo, sin morder mis piernas,
 El malo *Añan-guazú*;
 Yo penetro de noche al más obscuro
 Bosquecillo del *Hum*;

Las sombras de los viejos de mi tribu,
 Que viven con *Tupá*,
 Van en sus nubes á enseñarme el grito
 Que lanzan los *hajás*;

Los perros que devoran á las lunas
 No ladran como yo;
 El viento negro de la noche calla
 Cuando escucha mi voz.

¿Quién arranca mi lanza? ¿Quién su fuerza
 Mide con *Yamandú*,
 El indio de los brazos como el tronco
 Del viejo *guabiyú*?

.....

¿No oís el río? Suena en sus barrancas.
 ¡Oid al Uruguay!
 Es río de los indios... ¡Y los blancos
 En su ribera están!

Los blancos que vinieron de allá lejos,
 De donde sale el sol;
 Los que matan los indios con los rayos
 Que el astro les prestó,

Y les cortan las negras cabelleras,
 Y les quitan la piel;
 Y les roban la tierra en que nacieron
 Y en que posan los pies.

Sólo esclavos del blanco allá en su toldo
 El indio engendrará,
 Y en sus bosques el fuego de la guerra
 No encenderá jamás;

Dando un quejido morirá el charrúa
 Que nunca se quejó,
 Y sus mujeres correrán lanzando
 Sus gritos de dolor.

¿Queréis matar al extranjero? Entonces
 Seguid á *Yamandú*.

Yo sé matarlo como al gato bravo
 De los bosques del *Hum*.

Los cráneos de los pálidos guerreros
 Al indio servirán
 Para beber la chicha de algarrobas
 Y el jugo del palmar.

Sus rayos no me ofenden; en su sangre
 Se hundirán nuestros pies;
 Sus cabelleras en las lanzas nuestras
 El viento ha de mover;

Vírgenes blancas, que en los ojos tienen
 Hermosa claridad;
 Encenderán en nuestros libres valles
 Nuestro salvaje hogar.

En esos días de las horas largas
 En que canta el *sabiá*,
 Y al pié de la barranca está el bañado
 Dormido en el juncal;

En esas noches en que á ratos se oye
 El canto del *urú*,
 Las vírgenes esclavas del charrúa
 Brillarán con su luz.

Sus cuerpos son más blandos que el venado
 Que acaba de nacer,
 Y tiemblan como tiembla entre la yerba
 La verde *caicobé*.

Sus cabellos parecen los renuevos
 Más tiernos del sauzal;
 Sus bocas se abren como el dulce fruto
 Que da el *mburucuyá*...

¡Vamos! ¡Seguidme! ¡El extranjero duerme,
 Duerme en el Uruguay!
 ¡El sueño que en sus ojos se ha sentado
 No se levantará!

¿Véis? La luna de fuegos de las lomas
 No se distinguen aún;
 Aún se siente á lo lejos en las ramas
 El canto del urú!

XVIII

Un alarido inmenso, pavoroso
 En los aires revienta;

Nadie á fauces humanas esos gritos,
 A escucharlos de noche, atribuyera,

Un águila tranquila que pasaba
 Sobre la selva aquella
 El vuelo aceleró, cambió de rumbo,
 Y se perdió en la soledad inmensa;

Y el tigre, bajo el párpado apagando
 De su enorme pupila la lumbrera,
 Y barriendo la tierra con la cola
 Y tendiendo hacia atrás la aguda oreja,

A largo paso y con temor cambiando
 De sitio en la maleza,
 Se revolvió tres veces, para hundirse
 Y quedar más oculto entre las breñas.

XIX

¡Yamandú tubichá! ¡Yamandú enciende
 Los fuegos de la guerra!
 ¡Al río! ¡Al río! ¡El extranjero blanco
 Tendido duerme en su cerrada tienda!

¡Ahú! ¡ahú! ahú! Vamos, cacique,
 Lanza al aire tu flecha,
 Para que al astro de los indios llegue,
 Y con presagios de victoria vuelva!

Y la flecha del indio por el aire
 Tiende las alas muertas....

¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú! Volvió del astro,
 Volvió del astro y se clavó en la tierra.

¡Recta como las palmas de las islas!
 ¡El astro habló con ella!
 ¡Al río! ¡Al río! ¡Al Uruguay! ¡Al río!
 ¡Cacique Yamandú! ¡Fuegos de guerra!

XX

En pos de Yamandú corre la tribu.
 Su negra silueta
 Se ve á lo lejos tramontar las lomas
 Como obscuro rebaño de culebras.
 Sus gritos y los choques de sus armas
 Se perciben apenas;

Las mujeres, los niños, los heridos
 En todas direcciones se dispersan.

Se escuchan sus quejidos algún tiempo,
 Que en el bosque se internan;
 El silencio que huyó, de nuevo vuelve
 A echarse fatigado entre la yerba.

XXI

Todo está en calma: el viento está callado;
 Han vuelto las estrellas
 A brillar al través de sus vapores,
 Y siguen en silencio su carrera.

El cadáver del indio abandonado
 Flota entre las tinieblas;
 Las hogueras, á punto de extinguirse,
 Lo alumbran con penosa intermitencia,
 Bañándolo en las tenues llamaradas
 Que oscilantes y trémulas,
 Sacan de entre las cálidas cenizas
 Las puntiagudas y azuladas lenguas.

Las sombras que aleteaban, poco á poco
 Han bajado á la tierra,
 Y en torno de los fuegos espirantes,
 Se arrastran, agarrándose á las breñas.

CANTO TERCERO

I.

Duerme San Salvador entre rumores.
 Corre á sus pies el río
 Remedando el arrullo de una tórtola
 Con su blando y monótono ruido.

El centinela en el bastión se duerme
 Y, al verlo allí tranquilo,
 Juegan con su arcabuz y con su adarga
 Los invisibles genios de los indios.

Con sus ojos pequeños, y sus cuerpos
 Desnudos y cobrizos,
 Con sus pechos y pómulos salientes,
 Sus labios gruesos y cabellos rígidos: